

Azares del Clima

por José Antonio López Díaz

CLIMATÓLOGOS Y CONCIENCIACIÓN DEL CAMBIO CLIMÁTICO



Con cierta frecuencia ve uno cómo en los medios de comunicación, como la radio o la televisión, se ilustra el problema del cambio climático con la presencia de expertos afines a la climatología de reconocido prestigio, bien de la universidad, bien con relevancia por otras razones. Quisiera explicar por qué casi siempre que sucede esto no puedo evitar terminar con una sensación más bien desagradable.

En primer lugar quede claro que entiendo perfectamente que los medios de comunicación traten de elevar el nivel del debate invitando a especialistas en el tema, dado su interés público. Mi crítica viene de que considero que el problema del cambio climático global es excesivamente complejo como para que cualquier tipo de intercambio dialéctico, o exposición compacta, máxime en un tiempo forzosamente reducido, aporte nada sustancial a la opinión pública. Como si bastaran unas pocas fintas dialécticas o argumentos aislados y parciales para zanjar la cuestión. Y esto incluso cuando los argumentos aportados, en su forzoso nivel grande de simplificación, puedan ser considerados correctos. Y al revés, lo que sí puede conseguir, y lamentablemente casi siempre lo hace, es transmitir un imagen enormemente simplificada, y por tanto, forzosamente sesgada, de la cuestión.

¿Qué cabe esperar que pueda aportar un especialista en unos minutos de forma asequible para la opinión pública? Si acaso esquemas conceptuales sencillos con cadenas causales que evoquen en la imaginación del espectador y oyente procesos verosímiles físicamente, por ejemplo: los gases de efecto invernadero capturan radiación infrarroja, esto calienta la atmósfera lo que a su vez acelera el ciclo hidrológico por lo que pueden aumentar fenómenos conectivos violentos y otros por el estilo. Este tipo de esquemas son a menudo simplificaciones tan grandes que casi distorsionan tanto como informan. Se verá esto más claro con un ejemplo ficticio de otra rama de la ciencia. Al hilo de que celebramos en 2015 el centenario de la teoría general de la relatividad de Einstein, imaginemos que de la aceptación o rechazo de tal teoría (controvertida científicamente varios años en su época) dependieran potenciales consecuencias para la humanidad de gravedad similar a las que se predicen para el cambio climático antropogénico ¿Aportaría un debate entre físicos partidarios y detractores de esa teoría argumentos a la opinión pública para acep-

tarla o rechazarla? La respuesta, para cualquiera que conozca la teoría de la relatividad general, sus fundamentos y su complejidad matemática, es que es enormemente dudoso que así fuera: el público en general no está capacitado para juzgar con un mínimo de competencia sobre el valor de los argumentos a favor o en contra. Si alguien sin estos conocimientos se decide por una u otra alternativa, esa decisión descansará en la capacidad persuasiva del científico, su imagen, o circunstancias similares, todas ellas ajenas a la veracidad o falsedad científicas de una teoría.

El anterior ejemplo muestra con claridad que el debate científico debe ser mantenido entre científicos y de acuerdo exclusivamente a las reglas exigentes de la ciencia. Luego, en una etapa posterior, el resultado de este debate, con sus resultados acompañados de su grado de certeza o convicción, debe trasladarse, pasando por varios intermediarios, hasta llegar a la opinión pública y a los representantes políticos. Pero los científicos no deberían tratar de influir directamente sobre la opinión pública, sino confrontar sus argumentos entre sí. Y no sería buen estilo científico el calificar su posición científica con nombres evocadores de actitudes éticas. Lástima que en la cuestión del cambio climático se hayan borrado tanto las líneas entre la ciencia, la ética, la política o la comunicación.

Como ciudadanos la cuestión política de las medidas que haya que tomar para combatir el cambio climático debe considerarse evidentemente dentro del conjunto de problemas globales que afronta la humanidad, pues este del cambio climático no es el único. Cuestiones como el hambre en el mundo, la pobreza, la falta de educación, las guerras, por mencionar solo algunas, son también muy serias, y además enredadas en múltiples interacciones entre sí. Me pregunto si el hecho de que el cambio climático tenga una base científica no puede distorsionar su valoración social frente a otros problemas acuciantes por el prestigio social evidente de la ciencia. De ser así este sería un argumento más en contra de que científicos se enrolen como activos defensores de esta causa, dándole así, lo quieran o no, un aura de mayor gravedad o seriedad relativa que otras, como la pobreza o el hambre, que no poseen ese halo de rigor científico, pero que evidentemente desde el punto de vista ético tienen mucha gravedad.